

VII. Confieso que no he tenido valor de andar en busca de grandes adornos para engalanar esta obra, mucho mas cuando me persuado á que la simple manifestacion de tantas grandezas ha de agradar mas al lector que todas las curiosidades con que pudieran hermosearse. Añádese que me fio tanto en el afecto que profesa á la madre de Dios, que creeria hacerle un agravio si le ofreciera otro cebo que su propia inclinacion para hacerle tomar gusto á las alabanzas de la que domina en su corazón. La reina del cielo es demasiado amable por si para que queramos hacerla amar por artificio. Por tanto no habiendo en adelante nada que nos detenga, y teniendo la excelencia del asunto bastante virtud para conquistar los corazones y cautivar los entendimientos, entremos en el discurso de las grandezas de esta princesa incomparable.

TRATADO PRIMERO.

ORIGEN DE LAS CORONAS.

I. No bien hubo nacido en la tierra, ó por mejor decir, no bien hubo bajado del cielo la majestad, madre de la excelencia, cuando al punto se vió cargada de coronas; en lo cual los que pensaron tributarle este honor, tuvieron tanta mas razon, quanto que las coronas no se inventaron sino para servir de insignias de excelencia y majestad. En efecto asi que empezó á conversar entre los hombres y á ordenarlos á cierto género de vida social y comun, dió la corona á los que tenian mas mérito, haciéndolos llevar su librea y disfrutar sus favores. Los primeros á quienes hizo partícipes, fueron los reyes y principes, en cuyo semblante imprimió tales señales de majestad y excelencia, que los que las vieron, no pudieron menos de honrarlos y respetarlos. Estas coronas fueron al principio doce rayos de luz que al parecer salian de sus rostros, como se ve en los primeros reyes de Italia (1), para hacerlos mas venerables á sus súbditos, y dar á entender á estos que los que los gobernaban, traian su origen del cielo.

II. Corramos un velo á estas invenciones poéticas para

(1) Virg., de *Latino*.

hacer ver la verdad. Es cosa cierta que solo Dios es la eterna majestad, la soberana excelencia y la fuente de toda excelencia y majestad, á quien originariamente corresponden todas las coronas de grandeza. En cuanto este monarca del universo resolvió enviar á la tierra la majestad y sabiduría increada, es decir, su único hijo, le coronó de gloria y honor, como enseña el real profeta, le puso sobre todas las obras de sus manos, y le dió la potestad de hacer llevar la corona á quien le pareciese bien, no solo aquí en la tierra, sino también en el cielo. A vuestro parecer ¿por quién debía de principiar sino por su madre, que le habia coronado con la diadema de nuestra humanidad? ¿Y qué cabeza mas digna de sostener la corona podia encontrar entre las criaturas? Le ciñó pues antes que á ninguna otra una corona compuesta no de doce rayos de luz, sino de doce hermosas estrellas, cada una de las cuales difundia á su rededor mil rayos de luz. Yo podría decir que por ese número doce, que es un número de perfeccion segun S. Agustín (1), S. Gregorio (2) y otros, debemos de entender todas las perfecciones adecuadas á la calidad de madre, de hija y de esposa de Dios, con que honró á la Virgen santísima. Sin embargo quiero atenerme precisamente á este número, y entre todas las excelencias de Maria escoger doce principales, que me parece le dan mas esplendor y majestad. Estas serán doce muestras de grandeza, que le ensalzará sobre todas las simples criaturas y no convendrán á ninguna mas que á ella. El asunto abundará en majestad, y como espero, en suavidad y dulzura: permitaseme solamente que antes de entrar en él haga alguna breve aclaracion del glorioso título de madre de Dios en forma de discurso preliminar.

(1) Lib. 3 de Doctr. christ. (2) Lib. 40 Moral., c. 30. c. 35, et in psalm. XXXVI.

DISCURSO FUNDAMENTAL DEL TRATADO PRIMERO.

CAPITULO I.

DEL TÍTULO DE MADRE DE DIOS, VERDADERO ORIGEN DE TODAS LAS GRANDEZAS DE LA GLORIOSA VIRGEN MARIA.

Es muy verdadero este axioma del filósofo: que hablando con propiedad, cada cosa es lo mejor y mas perfecto que hay en ella. De ahí proviene que aunque un rey sea al mismo tiempo duque, marqués, conde y todo cuanto se quiera, le llamamos simplemente el rey, porque siendo esta calidad superior á las otras, las contiene todas en perfeccion y cubre el resplandor de ellas, ni mas ni menos que el sol el de las estrellas menores. Así sucede en la madre de Dios, á la cual desde que le damos este nombre, que es su título supereminente, hay que convenir en que los demás no solo deben de rendirle homenaje, sino que dependen de él como la luz del sol y el arroyo de la fuente. Este motivo me ha determinado á tratar ante todo del excelentísimo título de madre de Dios y á poner al frente de todas sus grandezas la que es origen y medida de todas las demás.

§. I.—De la excelencia del título de madre de Dios.

I. Pero ¿piensas tú, entendimiento limitado, poder penetrar las excelencias que se encierran en este título esclarecido? ¿Crees tener las alas bastante fuertes para remontarte tan alto y los ojos bastante firmes para sufrir el resplandor de ese sol divino? ¿No sabes que esas gran-

dezas que vas escudriñando, son mas altas que el cielo, mas profundas que los abismos, mas anchas que la region del aire y tan largas como la misma eternidad? ¿Preves tú la confusion que va inseparablemente unida á un designio tan temerario? ¿No temes que acercándote mas de lo conveniente á la majestad seas oprimido de su gloria? ¿No tienes miedo de perderte en ese Océano de maravillas y de ser sepultado en ese golfo de grandezas? ¿No consideras que los mas iluminados que rubines y los mas abrasados serafines abaten sus alas en presencia de aquella de quien tú quieres hablar, y no se atreven á fijar la vista en su rostro? ¿Puedes ignorar cómo temblaban los ingenios mas aventajados y los mas esclarecidos varones, cuando quisieron probar sus fuerzas en este punto? El gran obispo de Neocesarea S. Gregorio Taumaturgo (1), con ser tan elocuente é iluminado de lo alto, no sabe encontrar palabras, y le parece que se embota su agudo entendimiento y que enmudece su elocuencia cuando trata de hablar de esto. El sapientísimo prelado de Salamina en Chipre San Epifanio (2) se dice infeliz y desgraciado por haber tenido la presuncion de mirar de hito en hito los brillantes rayos que despiende la reina del cielo de su majestuoso semblante: asegura que un pensamiento tan profundo y una contemplacion tan alta llenó de terror su alma, y que faltó poco para que su corazon se secara de espanto: sostiene que semejante empresa es superior á las fuerzas humanas y que no hay entendimiento, por mas perspicaz que sea, capaz de llevarla al cabo, ni lengua que pueda hablar de ella como conviene. S. Bernardo (3), aunque regalado y favorecido especialmente por la Virgen santa, protesta que nada le

(1) Serm. 2 in Annunt.

(2) Serm. de sanctis, Deip.

(3) Serm. 4 de Assumpt.

asombra mas que el tratar de la madre de Dios, á causa de que siendo la creencia comun que sus grandezas son inexplicables, disgusta á aquellos delante de quienes se habla, que intente uno siquiera explicarlas. ¿No valdria pues mas abandonar un pensamiento tan temerario, posttrarse en tierra, admirar de lejos con Moisés la zarza que arde en las llamas de la divinidad sin consumirse, y adorar de lo intimo del corazon y con un casto silencio el santuario de Dios lleno de prodigios celestiales?

II. Confieso que me encuentro muy perplejo, y mas cuanto mas profundizo los sentimientos de los santos, que me manifiestan su desconfianza en punto á poder declarar la excelencia de un titulo tan incomparable. En efecto algunos de ellos como S. Anselmo (1) afirman que el pensar siquiera que la Virgen es madre de Dios es remontar el vuelo á toda la altura posible y tener la plática mas excelente en que pueda ocuparse el entendimiento despues de la majestad de Dios. Otros como S. Gregorio de Neocesarea (2), á quien ya hemos citado, dicen clara y resueltamente que esa sola palabra sobrepuja todas las alabanzas que pueden tributarse á la Señora.

III. Algunos hacen en esto, dice S. Bernardino de Sena (3), lo mismo proporcionalmente que hacemos cuando queremos discurrir de Dios, porque por no conocer su naturaleza simplicísima reunimos todas las perfecciones que se encuentran en las criaturas, y adornamos con ellas á la divinidad, añadiendo que tiene infinitas mas de las que concebimos. De la misma manera juntan todas las prendas raras y peregrinas que hallan esparcidas por acá y acullá, y dicen que la que las posee todas con perfeccion é in-

(1) De excellentia Virginis, c. 2. (3) T. 3 Concionum serm. 4 de nomine Virg.

(2) Serm. 2 in Annunt.

comparablemente mas, es la madre de Dios. Otros hay como S. Juan Damasceno (1) y S. Ildefonso (2), que levantan mas el tono y ponen mas alto su punto de vista, porque para hacer ver hasta dónde llega la honra de ser madre de Dios por la generacion temporal, se proponen nada menos que la idea de la generacion eterna del Verbo, diciendo que así como el hijo de Dios emana del entendimiento fecundo del eterno Padre con comunicacion de su sustancia sin ninguna alteracion ó division, de la misma manera nació temporalmente de María su madre sin corrupcion ni alteracion de la integridad de esta. Otros como santo Tomás (5) van todavia mas allá y parece que discurren mas elevadamente; porque por entre esa luz inaccesible observan que la Virgen habiendo recibido la honra de ser madre de Dios está unida á un término de infinita perfeccion; que así es elevada en cierta manera al órden divino; y que por una consecuencia necesaria entra en posesion de una perfeccion infinita. Pero no esperemos que digan mas, porque al cabo es preciso detenerse ahí.

IV. Haria yo agravio á muchos eminentes personajes únicamente devotos de la reina del cielo, si pasara en silencio la bella invencion que su devocion les sugirió. En efecto como no hallaban camino para declarar la excelencia del titulo de madre de Dios, se desviaron á un lado y procuraron decir por medio de diversas figuras enigmáticas lo que pensaban. El arzobispo de Constantinopla Proclo en la admirable arenga que pronunció delante del concilio de Efeso el dia de la Natividad del Salvador, habiendo manifestado no solo su dictámen particular, sino el sentimiento de toda la naturaleza, pinta así á la

(1) Orat. 1. de nat. B. Mariæ. (3) Part. 4, q. 28, art. 6
(2) De virginít. et parturit. ad 1.

madre de Dios: «Este es el tesoro puro, el ornamento y honor de la virginidad, el paraíso espiritual del segundo Adam, el retrete del matrimonio divino que se celebró entre las dos naturalezas, la cámara de la reconciliacion general del mundo; el tálamo nupcial del Verbo eterno, la zarza ardiendo, pero no consumida por las llamas del celestial alumbramiento; la hermosa nube que llevó en su seno al que está sentado sobre los querubines; el vellucino empapado en el grato rocío del cielo, de que se hizo la túnica de nuestro divino pastor cuando vistió la librea de su oveja perdida; la esclava y la señora, la virgen y la madre juntamente, el puente por donde bajó á la tierra el mismo Dios; la pieza de paño de que se trabajó la admirable vestidura de la union hipostática, cuyo artífice es el Espíritu Santo, la mano la virtud del Altísimo, la lana el despojo viejo de Adam, la trama la carne immaculada de la bienaventurada Virgen María, la lanzadera la incompreensible bondad de Dios que nos trajo la persona inefable del Verbo.» ¿Quién ha oído hablar jamás de semejante pieza? Antes que el Metodio (1), primeramente obispo de Olimpia en Licia y después de Tiró en Fenicia y mártir glorioso de Jesucristo; saludó á María de esta manera: «Nobilísima y deseada señora, tú eres la antorcha de los fieles, la que encierras en tu seno al que lo contiene todo y no puede ser contenido; la raíz de la primera y mas bella flor del mundo; la madre del Criador de todas las cosas, el alimento del padre y proveedor del universo, la carroza animada del que sostiene todas las cosas; la puerta por donde vino Dios á la tierra;... el seno del que todo lo contiene en su seno; la vestidura sin mancha del que está rodeado de luz; el pabellon del Espíritu Santo, el horno que Dios omnipotente encendió con las llamas de su divino amor.»

(1) Orat. in hipapante.

V. Después de ellos S. Andrés de Jerusalem (1), arzobispo de Creta ó Candia, dirige á la Señora el apóstrofe siguiente: «Dios te guarde, templo del Salvador, trono de una vida incorruptible, carro del sol rutilante, tierra única á propósito para producir el trigo de que nos alimentamos; sagrada levadura que diste gusto á toda la descendencia de Adam y esponjaste la masa de que se hizo el verdadero pan de nuestras almas; arca honrosa donde descansó Dios y donde se santificó la misma gloria; cántaro de oro que contiene al que hace dulce y suave el maná y saca miel de la piedra en favor del pueblo desagradecido; espejo espiritual de la santa contemplacion, por quien los profetas inspirados de lo alto figuraron la venida de Dios á la tierra.» Aun dice mas en otro lugar; ve aquí sus palabras: «Santa señora, tú eres el arcano incomprensible de la divina economía, á quien los ángeles desean contemplar incesantemente; tú eres el aposento admirable de un Dios anonadado, la tierra deseada que le hiciste bajar del cielo y le diste entrada entre nosotros; tú eres el tesoro del misterio escondido antes de todos los siglos, el libro animado donde el Verbo del Padre eterno fue escrito por la pluma del Espíritu Santo; el instrumento auténtico de la concordia celebrada entre Dios y los hombres, ... el monte de Sion donde se huelga el Señor; la columna de vida que conduces no al pueblo cautivo por medio de una luz perecedera, sino que alumbras al verdadero israelita para llevarle al país de la conquista; la tierra virginal de que se formó el molde del segundo Adam. Eres agradable como Jerusalem, y el aroma que sale de tus vestidos, sobrepuja todas las delicias del monte Libano. Tú eres la caja del perfume celestial que no se evapora jamás; el óleo de la unción santa,

«Tome contríbuz ab annuati ad nos»

(1). Serm. de Assumpt.

la flor incorruptible, la púrpura tejida de lo alto, la real vestidura, la diadema imperial, el trono de Dios, la puerta del cielo, la reina del universo, la copa llena de la sabiduría divina, el retrete de la vida, la fuente perenne de las santas ilustraciones.» Y concluye así: «Me faltan las palabras, y mis pensamientos son muy lánguidos para seguir las ansias de mi alma.» No obstante al poco tiempo recobra ánimo y prosigue en estos términos: «¿Qué te diré yo, santísima Virgen, madre de Dios, única capaz de la sabiduría que subsiste en sí misma y da vida á todo lo demás? ¡O santa Virgen, principio de nuestra vida y vida de los vivientes! ¡O vinculo que nos unes indisolublemente á Dios! ¡O reino asegurado por la fuerza de la gloria y del poder de aquel que está en tí! ¡O sagrado baluarte de los cristianos y asilo divino de todos los que se refugian á tí!»

VI. No se arroba menos S. Epifanio (1) que el santo obispo de Candia acabado de citar. «Yo te saludo, dice, honor de las virtudes, fanal donde se encierra la lámpara encendida con un fuego que no se apaga jamás y que es mas claro que el mismo sol; arca mistica de la gloria, vaso de oro que guardaste el maná llovido del cielo; fuente inagotable de dulzura, mar espiritual de donde se sacó la verdadera perla del mundo; cielo brillante que encierras á aquel á quien no puede contener el cielo; trono de Dios mas resplandeciente que el de los querubines, nube en figura de columna, que tienes en tí al mismo Dios que condujo antiguamente al pueblo por el desierto; reina de la gloria, cielo, templo y asiento de la divinidad.» Sofronio (2), íntimo amigo del gran padre S. Gerónimo,

«In ipsa oratione sancti Gerónimo...»

«Sicut et contra hereticos...»

(1) Orat. de S. Deipara.

(2) Atribuyo á Sofronio con varios autores graves el sermón de la Asunción, dedicado á santa

Paula y á su hija santa Eustoquio, aunque hace cerca de mil años que corre bajo el nombre de San Gerónimo, como consta por los

la llama con el esposo de los Cantares huerto cerrado (1), jardín de delicias, donde estan plantados todos los géneros de flores y aromas de las virtudes, y tan cerrado, que no puede ser profanado por fraude ó asechanzas de nadie; fuente sellada con el sello de la Trinidad, de donde mana la fuente de la vida y en cuya luz vemos toda luz.

VII. Otros como S. Pedro Crisólogo, arzobispo de Ravena (2), sostienen que está poco versado en el conocimiento de la grandeza de Dios el que no sabe contemplar con éxtasis la alteza de su santa madre. «¿Qué es esto, Dios verdadero? dice el santo. El cielo teme; los ángeles tiemblan; todas las criaturas están suspensas; la naturaleza no sabe dónde está; y no obstante en medio de esa conmoción general una doncella sola permanece sin temor, y no solo hospeda á Dios en su seno; sino que á mas con una resolucion sin igual le hace pagar la posada pidiéndole nada menos que el otorgamiento de una paz universal; la gloria para los habitantes del cielo, la gracia para los pecadores de la tierra, la vida para los muertos, el parentesco de los hombres con los espíritus bienaventurados y la union de Dios con la carne. ¿Qué os parece de esta confianza?»

VIII. En medio de este embelsamiento de los santos hallo á algunos mas atónitos que los otros, porque se quedan como embobados y no saben hacer mas que clamar: ¡Maravilla! ¡Milagro! El gran patriarca de Anti-

discursos de S. Ildefonso sobre el mismo misterio y otros lugares; pero confesándose desde el principio poco versado en la lengua latina el autor de este elocuent sermón, no puede decirse que sea S. Jerónimo. (1) Veré hortus deliciarum, id que consistit sunt universa flo-

rum genera et odaramenta virtutum, sicut conclusus, ut nesciat violari, neque corruptiulis insidiarum fraudibus; fons signatus sigillo totius Trinitatis, ex quo fons vita manat, in cuius lumine omne videmus lumen. (2) Sermo de Annuntiat

quia S. Ignacio (1), le llama un prodigio celestial y un espectáculo sagrado; S. Juan Crisóstomo (2) un estupendo milagro; S. Bernardino (3) el milagro de los milagros; S. Juan Damasceno (4) un abismo de milagros. «¡O milagros! ¡O prodigios! exclama S. Agustin (5): los derechos de la naturaleza son alterados: Dios nace en el hombre; la Virgen concibe por sola la palabra de Dios; se hace madre y persevera virgen: es madre; pero sin corrupcion: es virgen; pero tiene un hijo: conserva su integridad; pero no por eso deja de ser fecunda; y el único entre los hijos de los hombres, que nace sin pecado, viene al mundo no por la concupiscencia de la carne, sino por la obediencia del espíritu.» «Milagro, dice S. Juan Damasceno (6); pero el mas nuevo de todos: una mujer fué encubrada sobre los serafines á medida que Dios se abatía por bajo de los ángeles.» «O Virgen santísima, dice S. Epifanio (7), que paraste á todos los coros angélicos y los dejaste atónitos, porque á decir verdad es un prodigio enteramente extraordinario en el cielo una mujer que estrecha á la luz en sus brazos, un trono de querubines todo nuevo, el hijo de una mujer, que es el padre de su madre, de la misma manera que lo es de todos los siglos, el tálamo nupcial de la Virgen dispuesto para recibir al esposo celestial, que juntamente es su hijo y el hijo verdadero y único de Dios.» «Abrid los oídos, dice S. Anselmo (8), y preparaos á oír el gran caso que el Padre eterno hizo de la bienaventurada Virgen, y el amor inestimable que mostró hácia ella; porque ¿qué mas podia hacer á vuestro

(1) Epist. ad Joan.

(2) Serm. de beatá Virgine.

(3) Tomo I, conc. 64, art. 4.

(4) Orat. 4 de Nativitate B. Virgin.

(5) Orat. 4 de Nativitate B. Virgin.

(6) Sermo 44 de tempore.

(7) Orat. 4 de Nativ.

(8) Orat. de S. Deipara.

De excellentiá Virginis,

c. 3.

juicio? No tenia mas que un hijo, en todo y por todo igual á sí y de la misma sustancia. ¿Creeréis que el cariño le llevó al extremo de querer tener ese hijo comun con María, de suerte que fuese verdadero hijo de esta por naturaleza como lo es de él?

IX. En una palabra y para dejar al devoto lector con gana de repasar otra vez estas mismas grandezas, hallo á algunos que discurren acerca de ellas proporcionalmente del mismo modo que hablamos de Dios, cuando decimos (1) que es mas alto que toda altura, mas profundo que toda profundidad, mas claro que toda luz, mas resplandeciente que todo resplandor, mas fuerte que toda fortaleza, mas animoso que todo ánimo, mas hermoso que toda hermosura, mas veraz que toda verdad, mas grande que toda grandeza, mas poderoso que todo poder, mas rico que toda riqueza, mas sabio que toda sabiduría, mas dulce que toda dulzura, mejor que toda bondad, mas justo que toda justicia: que es imposible de imaginar, inefable, inexplicable, inaccesible, incomprendible para nadie como no sea para él mismo (2).
 «¿Qué juzgais, dice S. Bernardo (3), que quiso significar el embajador del Altísimo cuando dijo á la Virgen: La virtud del Altísimo te hará sombra? Tal vez la que tuvo la dicha de experimentarlo y estar expuesta á los rayos de aquel sol divino, que la tenia á la sombra de su propia luz por una maravilla inaudita, pudiera declarárnoslo bien; pero fuera de la que mereció tener parte en el secreto de la santísima Trinidad, que obró este misterio en ella, no busquemos otra que pueda explicarle, porque no la encontraremos. Y aun parece al gran padre S. Agustín que es mucho decir que pueda decla-

(1) Tertul. sive Novatian., Trismegist. in Pimandro etc. presb. rom., lib. de Trinit. (5) Homil. 4 in Missus.

(2) Damasc. l. 4 fidei, c. 8.

rarlo la misma princesa llamada al consejo, y que por tan buenas razones tuvo comunicacion de cuanto pasó en ella. «Yo no tendré reparo de decir (son sus palabras) que la misma que pudo encerrar en sus entrañas al Verbo divino, no puede decir, ni comprender plenamente todo lo que hay de este misterio (1).» Dejo á vuestra consideracion si el santo doctor, que tan celoso era de la honra de la madre de Dios, pretenderia rebajarla en nada: tan lejos de eso, que al contrario hablando en favor de la verdad creyó hablar en favor de la Virgen, cuyo mérito es tan relevante, que no puede comprenderle ella misma; ni mas ni menos que nosotros no creemos ofender á un hombre muy opulento, cuando decimos que tiene tantas riquezas, que él mismo no lo sabe. De esta manera la grandeza de Dios será inaccesible para todo entendimiento criado, y quedará la gloria para el Padre que tiene tal hija, para el Hijo que se preparó tal madre, y para el Espíritu Santo que de tal suerte enriqueció y engalanó á su esposa; verificándose lo que S. Bernardino (2) tomó del Eclesiástico para acomodarlo á la Virgen: que solo el que la hizo, pudo comprender la alteza de su obra, y se reservó el perfecto conocimiento de ella. ¿Quién será ahora el que oyendo hablar en tales términos á esos varones esclarecidos no tema la indagacion de las grandezas de María? Por mi parte confieso francamente que desde luego desistiria de ello, si mi ánimo no fuera seguir las huellas de los santos padres que tan dignamente hablaron de esta materia, mas bien que dejarme llevar de mis invenciones. Pero bajo la conducta de tan prudentes y experimentados pilotos no creo que deba de temer arriesgarme en el vasto

(1) Tom. 9 operum supra c. 4. Tanta fuit perfectio ejus, ut soli Deo cognoscenda reservetur Magnificat.

(2) Tom. 2, serm. 54, art. 2, juxta illud Eccli. I.

Océano de las excelencias de la reina del cielo, especialmente confiando como confío que el Espíritu Santo, gran piloto de la Iglesia, que los dirigió á ellos, gobernará mi entendimiento y mi pluma en esta navegación, y que la hermosa estrella del mar por quien trabajo, no me abandonará en esta empresa, acometida tan sólo por agradarla.

§. II. — Que el título de madre de Dios es el origen y la medida de todas las grandezas de la Virgen.

I. Es necesario confesar que el evangelista S. Mateo dijo una gran cosa de la Virgen santísima en estas palabras: *María, de quien nació Jesús*. Porque estas palabras son las que hasta ahora asombran á los hombres y los ángeles; dice S. Bernardo (1), hacen bajar los ojos á todos y son el origen y la medida de todas las perfecciones que se encuentran en la Virgen. El mismo Jesús, hijo de María, enseñó un día esta divina lección á santa Catalina de Génova (2), advirtiéndola de que cuando rezase el Ave María, tomara por guía la palabra Jesús que se encuentra en ella, como la que debía de sugerirle los sentimientos de honor, respeto y amor necesarios para hablar como conviene á tal señora. Santo Tomás (3) nota muy oportunamente que en esta ocasión los evangelistas, que supieron mejor que nadie las calidades de la santísima Virgen como secretarios de estado de su hijo, no le dan por lo común otro título que el de madre de Jesús. «No ignoramos, dice S. Bernardino de Siena (4), que es una gran ventaja de nuestra buena madre ser señora de todo cuanto Dios crió; sin embargo la llama-

(1) Sermon in Signum magnum. (2) Cap. 6 de su vida. (3) Part. 3, q. 28, art. 3. (4) Tom. 1, serm. 52.

mamos con mas gusto madre de Dios, porque esta calidad es la raíz y el origen de la otra. Lo que este santo alega del título de señora del mundo, podemos ampliarlo á todas las demas excelencias, porque no hay ninguna que no traiga de ahí su origen; de modo que despues que la hemos considerado como un Océano inmenso de gracias, como una obra acabada de gloria, como la honra del cielo y de la tierra, el compendio de las obras de Dios, la morada escogida de la beatísima Trinidad, el principio de nuestra dicha, la puerta del cielo, la maravilla del mundo y todo lo que no puedo yo decir, ni pensar, siempre hay que volver ahí como al principio y confesar que todas esas excelencias dependen del título de madre de Dios.

II. ¿Quién pues será el que para hacernos comprender algo de las grandezas de María nos dé entrada en el santuario de los santos, es decir, en el santuario del sagrado corazón de Jesús? ¿Quién nos declarará las maravillas del misterio escondido abeterno en el mas oculto pensamiento del anciano de días y en el propio seno del Padre eterno para ser el objeto de la fé de los pueblos, el áncora de sus esperanzas, la causa de su salvacion y el cumplimiento de la gloria de Dios en el mundo? ¿Quién nos representará la gloria del Unigénito de Dios, lleno de gracia y de verdad, que fué mostrada al discípulo amado? ¿Quién nos explicará las palabras del hijo del trueno, que hasta ahora no ha entendido el mundo? ¿Quién nos dará lección de ese Verbo que estaba en el principio en Dios y era Dios, por quien fueron hechas todas las cosas y sin el cual no se hizo nada? ¿Quién nos hará comprender que quiere decir un Dios que sostiene á un hombre; un hombre que subsiste en Dios; un hom-

bre que es Dios, y un Dios que es hombre; la obra singular que Dios hizo y la única que tiene perfecta relación con la excelencia de su artífice; esa obra que es el triunfo del amor, el tesoro de sabiduría y el milagro de poder; esa obra que es el medio del ser criado y del increado, donde Dios se encerró á sí mismo para formar parte de su obra y para ensalzarla sobre todas las obras de sus manos; la escala misteriosa que une á la tierra con el cielo y al cielo con la tierra? ¿Quién nos hará subir los escalones de las perfecciones incomprensibles, que se encuentran en una y otra naturaleza? ¿Quién nos hablará dignamente de la filiación divina de Jesus, de su supremo poder y de la eternidad de su imperio? ¿Quién nos dirá cómo conoceremos en él la majestad de la divina esencia, la distincion de sus personas y la profundidad de sus consejos? ¿Quién nos dirá cómo él es la sabiduría adorable, la palabra inefable, la imágen admirable del Padre eterno, su Verbo divino, por quien habla á sí mismo y á sus criaturas, y la idea de todas las cosas criadas; cómo emana de él sin dependencia ni indigencia; cómo tiene en sí la plenitud del ser increado; cómo es un principio con él y por él de una persona divina; cómo es la luz eterna de la luz eterna, luz en su esencia y en su persona procedente como la luz y el esplendor del Padre? ¿Quién nos dirá cómo segun su humanidad él es el principio y el ejemplar de la divinidad creada para hablar con Dios mismo, que nos hace la honra de llamarnos dioses é hijos del Altísimo? ¿Quién nos dirá cómo en esta calidad recibió una nueva esencia en el seno de su madre por la operacion temporal del Espíritu Santo, á quien comunicaba como Dios en el seno de su Padre por una operacion eterna la esencia que es sin principio? ¿Quién nos dirá cómo él solo entre todas las criaturas entra en el estado de la filiacion divina, no adoptiva, sino natural; cómo es santo por la

misma santidad que hace á Dios santo y el santo de los santos; cómo es el centro, el círculo y la circunferencia de todas las emanaciones de Dios fuera de sí y el trono de gloria y de grandeza donde la divinidad habita única y corporalmente, como dice el Apóstol? ¿Quién nos abrirá los tesoros de la sabiduría y de la ciencia que están escondidos en el hombre Dios? ¿Quién nos comunicará nuevas de esos trabajos divinizados y de esos prodigios humanizados, de esas acciones divinamente humanas y humanamente divinas que se encuentran en él solo? ¿Quién nos hará sondear los abismos de su gracia, de donde beben y beberán por siempre jamás los escogidos de Dios? ¿Quién nos individuará todos los efectos que ha producido en los santos en el cielo y en los justos y pecadores en la tierra? ¿Quién nos mostrará las maravillas de esta calidad, que no es otra que santidad en todos sus usos? ¿Quién nos hará ver al hermoso de los hermosos, al grande de los grandes, al bueno de los buenos, al esposo de las almas escogidas, al sumo pontífice de los hijos de la iglesia, al rey de la gloria y delicia del universo? A quien me participe estos arcanos, le prometo reciprocamente decirle maravillas inauditas de la madre de Dios, porque María no es otra que la digna madre de Jesus, así como Jesus es el hijo adorable de María. Pero mientras no sepamos mas de lo que se descubre con los ojos de la fé, no hay que extrañar si todo lo que se alega de este título incomparable, es menos que lo que deseáramos saber. En efecto, que queramos que no, por necesidad tenemos que rendirnos ante estas grandezas y reconocer humildemente que son cartas cerradas para nosotros. ¿A qué ángel dijo jamás Dios (son palabras de S. Pablo): Tú eres mi hijo; hoy te he engendrado? Y yo me atrevo á decir despues de él: ¿A qué ángel dijo jamás el Salvador: Tú eres mi madre y hoy me has engendrado? El que no pueda responder á la

primera pregunta, se encontrará bien embarazado para dar solución á la segunda.

III. Con la misma medida de las grandezas y excelencias de Jesus debe de medirse todo lo que se dice de las grandezas y excelencias de Maria; porque si tiene fuerza para todos nosotros este argumento de S. Pablo: que el que nos dió su propio hijo, no tendrá nunca valor para negarnos ninguna cosa; mas la tiene sin comparación para Maria, á quien dió su hijo de una manera singularísima ó incomunicable á nadie. Y si el Padre debe de mostrarse liberal con su hijo, no debe de serlo menos el Hijo con su madre. Esta es la regla de que se sirvió hace mas de mil y cuatrocientos años S. Hipólito, mártir y obispo de Porto cerca de Roma, diciendo (1) que el que nos mandó honrar padre y madre, para observar la ley que promulgó, no dejó de hacer lo que pudo razonablemente para colmar de honores á su madre. De esta regla se sirvió despues el devoto S. Bernardo en su carta á los canónigos de la iglesia de Leon (2), donde sostiene que es gran poquedad de ánimo y no menos temeridad negar á la madre de Dios cualquiera prerogativa que se haya concedido á alguno de los santos. De esta regla se sirvió con énfasis inexplicable despues del uno y antes del otro el gran arzobispo de Creta (3), á quien oiremos muchas veces de aqui adelante pronunciar discursos muy favorables á la madre de Dios, cuando dijo que si Dios hizo algo en esta señora que no podamos comprender nosotros, no debemos de maravillarnos, sino achacarlo al misterio incomprensible que se cumplió en ella y que sobrepuja infinitas veces infinitamente toda infinidad. De esta regla me serviré yo de aqui adelante

(1) Orat. de sanctificat.

(3) Orat. 1 de dormit. B.

(2) Epist. 474. Virg. de virg. mar. lib. 1. cap. 1.

en la investigacion de las excelencias y grandezas de la madre de Dios, y ella me hará acceder fácilmente á concederle todo lo que convenga á la majestad de este titulo y no repugne ni á la fé que profesamos, ni á la recta razon que debemos de tomar por guia. Finalmente suplico al devoto lector que por esta misma regla tenga á bien medir lo que se dirá de las prerogativas de la reina de los cielos, y no ser reacio en creerlo piadosamente, en especial cuando lo vea fundado en la autoridad de algun doctor fidedigno. No ignoro lo que dijo S. Bernardo (4); es á saber, que la madre de Dios no necesita ser honrada con titulos y alabanzas que no le pertenecen, en atencion á que tiene para suministrar suficientes y verdaderos materiales á los que intenten hacer su panegirico. Pero tambien sé que es propio de un corazon amante y devoto de la Señora regocijarse de todo el honor conveniente que se le tributa, como debe hacer un hijo bien nacido por el que se rinde á su madre. Con esta persuasion voy á dar principio á las grandezas de excelencia de la madre de Dios y con la esperanza de que el lector no las reparará jamás sin amar apasionadamente á la que tiene tantos atractivos para ser amada, ó sin redoblar su afecto hácia ella; si es que ya la ama.

(4) Epist. 474.